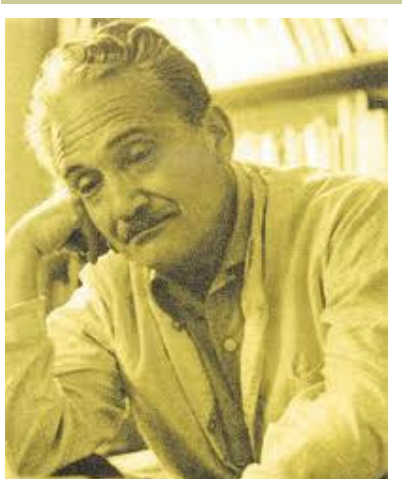


EL CENTENARIO DE JOSÉ MARÍA ARGUEDAS (*)

Manoel de Andrade

En la noche del 28 de noviembre de 1969, un sábado, yo esperaba a un amigo costarricense en el Café Goyesca en la Plaza San Martín, centro de Lima. Era Francisco Rojas, estudiante de arquitectura que había conocido en marzo de aquel año, en Asunción. Él llegó con una frase en los labios:

- Arguedas se dio un balazo y agoniza...



Hacia un mes había leído en Cusco su libro *Los Ríos Profundos* y por mi creciente interés en el indigenismo, el poeta Luis Nieto me aconsejó que lo buscara en la Universidad Nacional Agraria de La Molina, en Lima, donde Arguedas era maestro. Había llegado a la capital peruana hacía dos semanas, pero involucrado en una intensa actividad cultural, aguardaba algunos contactos realizados en aquellos días, con el fin de encontrar la manera de hacerle una entrevista. La noticia me dejó perplejo, estupefacto y mirando fijamente en los ojos de mi amigo de pronto me acordé de mi llegada a La Paz y de la muerte, algunos días después, del guerrillero Inti Peredo a quien yo también hacía contactos para encontrarlo.

Arguedas ya había intentado suicidarse en 1966, decepcionado culturalmente con la política indígena del Perú y ahora, frente a un espejo, en el baño de la propia universidad donde enseñaba, se hizo un disparo en la cabeza. Dejó para hacerlo el sábado, como confesó en una carta, para evitar que los estudiantes fueran perjudicados. Siempre me he preguntado qué lleva un escritor al suicidio, justo por tratarse de alguien con un profundo significado de la vida, con un mágico compromiso con sí mismo, con su tiempo y con la humanidad. Han sucedido tantos casos y algunos muy tristes, en la literatura. Casos que me han tocado más de cerca, como nuestro poeta Pedro Nava, también muerto con un disparo en la cabeza en mayo de 1984 en Río de Janeiro. El "poético" suicidio de la gran poetiza argentina Alfonsina Storni, que se fue caminando hacia el mar y desapareció en las olas. El caso de Florbela Espanca, el 8 de diciembre de 1930, el mismo día en que cumplía 36 años. Los casos famosos de Maiakovski y Hemingway y el más emocionalmente triste, de la cantante Violeta Parra. ¿Cuáles son los motivos de un desenlace tan lamentable para aquellos que tienen tanta belleza para donar al mundo? El sociólogo francés Emile Durkheim habla de causas sociales, provenientes de sociedades carentes de integración, como siempre ha sido étnicamente la sociedad peruana

donde vivió y sufrió culturalmente el escritor y antropólogo José María Arguedas, identificado de manera visceral con la causa indígena.

Yo aún respiraba en el ambiente cultural de *Los Ríos Profundos*, en cuyas páginas me había hundido en un universo heterogéneo de conflictos de dos culturas asimiladas por el joven Ernesto, el personaje autobiográfico de su famosa novela. Fue la obra que por primera vez me abrió la ventana para mirar el panorama literario del indigenismo a través de la transculturación, por la cual la oralidad de los pueblos indígenas de América, aplastada por la colonización española, es rescatada por la palabra escrita da literatura indígena – en el ejemplo pionero de Miguel Ángel Asturias, que tradujo del Quiché, en 1926, el Popol Vuh, el libro sagrado de los Mayas, seguido por Arguedas y más tarde por Roa Bastos, con el guaraní. En *Los Ríos Profundos* este proceso se trasluce en cada página, en una lucha cultural antropofágica, explícita en una prosa traducida con poesía y lirismo, y donde el quechua y el castellano se mezclan recreando fragmentos de canciones de amor a la vida y a la naturaleza.

Al día siguiente, domingo, todos los diarios publicaron en sus titulares el gesto trágico del gran narrador peruano del siglo XX. El hecho enlutó al país y dejó consternados a los medios intelectuales, a los ideólogos y militantes de izquierda y sobre todo, a muchos líderes agrarios e indígenas con los cuales Arguedas tenía contacto, defendiendo y buscando su identidad perdida, luchando por la pureza de su cultura y por la redención de sus degradantes condiciones económicas y sociales. Este fue, en verdad, la dramática historia del escritor, tal como Ernesto, en la novela *Los Ríos Profundos*.

En el mes en que Arguedas se suicidó, noviembre de 1969, el guerrillero Hugo Blanco, encarcelado desde 1963, le escribió dos cartas. La primera el día 14 y la segunda el día 25, cuatro días antes del disparo que provocó su muerte. Fueron originalmente escritas en quechua y retratan la intimidad de ambos con la cosmogonía indígena, expresando en un lenguaje casi siempre poético, la sencilla grandeza y la miseria atroz del mundo andino. Sin embargo, en la víspera de su muerte Arguedas no mostró ningún resentimiento personal al responder al amigo. Asumiendo su envidiable compromiso político como escritor, denuncia, exalta la lucha social y política y respira con el aire puro de la esperanza. En cuanto al guerrillero, con su "pena de muerte" conmutada a "25 años de prisión", no cede un milímetro en sus convicciones, contando a Arguedas las glorias y calvarios de su "vía crucis" revolucionaria, el significado de su lucha inamovible por el movimiento indígena y de su creencia en el porvenir de un mundo nuevo. Las dos cartas de Hugo Blanco y la respuesta de Arguedas se encuentran entre los más bellos documentos indígenas que he leído.

A finales de 1969 los nombres de Arguedas y de Hugo Blanco eran recordados en los encuentros con personas de izquierda con quien yo hablaba en Lima. Traducidas del quechua, las tres cartas fueron publicadas y eran leídas y comentadas, sobre todo por intelectuales comprometidos con el movimiento



indígena. No sólo se lamentaba la muerte del escritor, sino que se rememoraba la saga del famoso guerrillero peruano, entonces cumpliendo una condena de 25 años en la isla de "El Frontón", donde llegó en 1966 trasladado desde la prisión de Arequipa. Arguedas, como novelista, poeta, antropólogo y profesor ya era un escritor reconocido a nivel nacional con varios premios, altos cargos universitarios y distinciones académicas.

Él ya era la más honorable imagen intelectual del movimiento indígena – al lado de Manuel Scorza y Ciro Alegría – y en este sentido una referencia en las reuniones literarias de aquellos días que siguieron a su suicidio. Toda la obra de Arguedas y sobre todo *Todas las Sangres* – que motivaron la primera carta de Hugo al autor – son un ejemplo de compromiso con la historia del pueblo indígena, sea como un receptor secular de inenarrables injusticias y de víctima acorralada por largos conflictos agrarios entre el "feudalismo" colonial y el capitalismo, sea por la deconstrucción de su identidad nacional, discutiendo el prominente papel del indio en la transformación de la sociedad peruana, cuya causa Arguedas siempre defendió alimentando, como escritor, el sueño de una comunidad indígena modernizada e integrada en la sociedad peruana.

José María Arguedas Altamirano nació el 18 de enero de 1911 en Andahuaylas y no creo que el centenario del nacimiento de un escritor latinoamericano haya sido celebrado con tanto respeto y reconocimiento. Desafortunadamente, su nombre es poco conocido en Brasil a pesar de *Los Ríos Profundos* ya haber sido publicado aquí por la editora *Paz e Terra*, en 1977 y por la *Cia. das Letras*, en 2005. Aquí su obra ha sido analizado apenas en los círculos académicos entre estudiantes y maestros de la literatura hispanoamericana y lengua española, como he podido observar personalmente, en el *Jalla Brasil 2010 (IX Jornadas Andinas de Literatura Latino Americana)*.

En medio de este extraño distanciamiento el Instituto Cervantes de São Paulo promovió, de 11 a 14 de mayo de este año, el evento "*José María Arguedas en su centenario: indigenismo, vida y literatura*". Integrando los debates estuvo presente el narrador, poeta y ensayista peruano Enrique Rosas Paravicino, a quien felicito por la excelencia y precisión con que viene trazando en las conferencias dadas este año en todo el Perú, el justo perfil de Arguedas: "*cuya estatura intelectual, moral y estética se halla al nivel de los más insignes exponentes de la cultura latinoamericana del siglo XX.*". A esta merecida imagen acrecienta la del abnegado militante de la causa indígena, dedicándole su inmensa alma de poeta, explícita en el lirismo de su carta a Hugo Blanco, así como de su incansable labor como antropólogo, una lucha tenaz para preservar la cultura de sus antepasados incas y que en un gesto triste, sangró trágicamente su destino, indignado por el desprecio con que se trataba la cultura quechua.

¡Cuántos homenajes está haciendo el Perú a uno de sus hijos más ilustres, pero tan incomprendido en los últimos años de su vida! Ciertamente no fue el gatillo que él accionó en noviembre de 1969 que lo mató. Arguedas "fue muerto" lentamente por la indiferencia o por la envidia de algunos "grandes intelectuales" peruanos que no quisieron notar su genialidad. Su más importante novela, *Todas las sangres*, de 1964, que tanto sensibilizó a Hugo Blanco, es un poderoso enredo indigenista que traza el perfil moral y cultural del hombre andino ante los conflictivos

intereses traídos por el progreso y por la codicia y la crueldad de la ambición. Sin embargo, fue tratada con desprecio por los "sabios" del Instituto de Estudios Peruanos y rechazada como texto de estudios sociológicos, en 1965. El posterior reconocimiento de la grandeza cultural de esta obra demostró que ellos estaban equivocados, pero el justo resentimiento de Arguedas, declinado en su carta de despedida, fue sin duda el primer disparo que golpeó su corazón:

Creo que hoy mi vida ha dejado por entero de tener razón de ser. Destrozado mi hogar por la influencia lenta y progresiva de incompatibilidades entre mi esposa y yo; convencido hoy mismo de la inutilidad o impracticabilidad de formar otro hogar con una joven a quien pido perdón; casi demostrado por dos sabios sociólogos y un economista, también hoy, de que mi libro "Todas las sangres" es negativo para el país, no tengo nada que hacer ya en este mundo.

Mis fuerzas han declinado creo irremediablemente.

Pido perdón a los que me estimaron por cuanto de incorrecto haya podido hacer contra cualquiera, aunque no recuerdo nada de esto. He tratado de vivir para servir a los demás. Me voy o me iré a la tierra en que nací y procuraré morir allí de inmediato. Que me canten en quechua cada cierto tiempo donde quiera se me haya enterrado en Andahuaylas, y aunque los sociólogos tomen a broma este ruego – y con razón – creo que el canto me llegará no sé dónde ni cómo.

Siento algún terror al mismo tiempo que una gran esperanza. Los poderes que dirigen a los países monstruos, especialmente a los Estados Unidos, que, a su vez, disponen del destino de los países pequeños y de toda la gente, serán transformados. Y quizá haya para el hombre en algún tiempo la felicidad. El dolor existirá para hacer posible que la felicidad sea reconocida, vivida y convertida en fuente de infinito y triunfal aliento.

Perdón y adiós. Que Celia y Sybila me perdonen,

José María Arguedas.

(El quechua será inmortal, amigos de esta noche. Y eso no se mastica, solo se habla y se oye).
